

Testimonio de un siglo

Miguel Mindán en memoria

Francisco PÉREZ LÓPEZ

C.S.I.C

Finalmente, a punto de cumplir 104 años, Mindán se nos ha ido. Su lúcida y admirable longevidad había creado ya en nosotros la costumbre de atribuirle cierta supervivencia indefinida, aunque la naturaleza, como es obvio, no estuviera dispuesta a permitirlo. Desde hace mucho tiempo veníamos oyendo sus quejas de oscuras señales orgánicas que le revelaban la proximidad del fin, y hasta le vimos plagado de sufrimientos en su último mes, a consecuencia de una mala caída que le dejó en estado lastimoso. Pero nunca dejamos de confiar en que superaría todos esos trances, como antes había superado otros, acaso objetivamente más graves. Verbigracia, aquel del año 2002, que le llevó a una alarmante hospitalización en vísperas de su centenario y del que salió con asombrosa rapidez hasta el punto de arriesgarse a protagonizar los festejos que con tal motivo le había preparado su querida patria chica, Calanda, en los cuales tuvo papel estelar, con baño de multitudes incluido. Su probada solidez –corporal y anímica– unida a su *rasmia* aragonesa, su proverbial entereza, le otorgaban ante nuestros ojos atributos propios del fénix. Por eso hoy sentimos tanto su falta, incluso físicamente, a la manera de un entrañable hábito quebrantado.

La vida de Mindán fue rica en lances y facetas, como lo acredita, sin más, su rocambolesca peripecia en el Madrid de la Guerra Civil, donde sobrevivió adoptando los más insospechados roles y caracterizaciones. O la singular amistad con su paisano Luis Buñuel, arraigada sobre complicidades de la niñez que allanaban las inmensas divergencias en ideología y trayectoria de vida; conmueve pensar que Mindán era una de esas escasísimas personas a las que el cineasta toleró un trato entre admonitorio y socarrón las pocas veces que sus caminos de adultos se cruzaron.

O también su especial empeño por rematar los estudios de filosofía acudiendo a la brillante Facultad de Madrid, en la que ganó el respeto de Ortega y el aprecio de Morente, apre-

cio que se prolongó en vida de éste durante la inmediata posguerra. El de Gaos ya lo había conquistado mucho antes, al iniciar los estudios civiles en Zaragoza, donde Gaos le dejó propuesto como sucesor suyo en la docencia; dos décadas más tarde, desde su exilio mejicano, Gaos refrendó por escrito tal aprecio ensalzando a Mindán sobre los otros profesores universitarios, alabanza que despertó más de una susceptibilidad y acaso tuvo algo que ver con su salida de la Facultad poco tiempo después (aunque Mindán, con encomiable caballeridad, siempre negó en privado que estuviese ahí el factor determinante de la salida, es más, siempre negó que su marcha hubiera sido provocada por los colegas).

O lo acredita, asimismo, la infinidad de lances que le brindó su papel de testigo privilegiado de nuestro siglo XX, sobre todo en lo que atañe al gremio de la filosofía, de cuya historia e intrahistoria quizá haya sido el mejor conocedor. No me resistiré a consignar aquí una anécdota relativa a D. Miguel de Unamuno, que Mindán nunca quiso explotar pese a su notable enjundia y de hecho no la menciona en sus escritos de memorias. Ambos coincidieron en Santander durante un curso de verano, a lo largo del cual tuvieron asiduas y amigables conversaciones. En la visita que un día celebraron a cierto claustro, donde un pozo con ecos cuasi-mágicos devolvía netamente las palabras de quien lo interpelase desde el brocal, Unamuno fue instado a que probara por sí mismo tal maravilla. Se dignó hacerlo asomándose al pozo y profiriendo bien alto esta muy reveladora voz: «¡Yoooo!».

Un paso más hará que nos adentremos en el ámbito de la etopeya, del retrato moral, porque destacaremos una importante faceta que no pertenece al orden de las simples anécdotas sino que ilustra sobre su manera de ser y su peculiar generosidad. Se trata de la indestructible disposición para ayudar al joven que comienza y, sobre todo, para tender su mano al represaliado y al relegado, fueran o no jóvenes. El rosario de hechos que cabría aducir en esta sección resulta tan interminable que nos ceñiremos a mencionar tres o cuatro muestras de meridiana claridad.

El respetado intelectual Julián Marías, antaño compañero suyo de curso, pudo salir de la cárcel –en la que ingresó poco después de concluir la Guerra Civil víctima de denuncias y depuraciones– gracias a la diligencia de Mindán y al aval que éste, junto con aquel tierno falangista que fue Salvador Lissarrague, le prestaron intrépidamente ante las autoridades judiciales; dicho sea de paso, sin especial reconocimiento ulterior por parte de Marías, aunque en vano intentamos arrancar de Mindán el menor reproche al respecto durante las múltiples conversaciones en que, sin duda con cierto morbo, le evocábamos el episodio: Llegado ese caso, Mindán se agazapaba en una inexpresiva frialdad y evitaba rígidamente toda clase de juicios morales... que nosotros obviamente sí aventurábamos.

Quizá más heroico –por su mayor riesgo– fue el aval que Mindán prestó a otro represaliado de la posguerra, Ángel Gaos, hermano de José Gaos y comunista reconocido, aunque bajo el dudoso cartel de “comunista ético” que despectivamente le llegaron a otorgar sus congéneres. En este caso, además de que el avalado había obtenido la libertad provisional, Mindán se responsabilizó personalmente de que no huiría para eludir los cargos. La huida, de todos modos, pronto llegó a ser necesidad imperiosa para Gaos, toda vez que ya su familia se encontraba desamparada en Méjico. Es justo reconocer que Gaos tuvo la grandeza de mostrar su angustia a Mindán sin haber tomado la decisión de huir, por miedo a las consecuencias que pudiera acarrear al fiador, pero mayor aún fue la grandeza de Mindán cuando le animó a que se reuniese con su familia sin reparar en las consecuencias, siendo así que en semejante momento él mismo ignoraba cuáles podrían ser y cómo afrontarlas.

No fueron infrecuentes en Mindán gestos de esa índole, no todos con el riesgo y el eco de los citados. Andando mucho el tiempo, por ejemplo, tuvo ocasión de repetirlos en orden de cosas muy distinto. Sucedió en unas bien sonadas oposiciones a cátedras de Instituto, otoño de 1958, a las que concurría lo más granado de la juventud filosófica española, tras un largo compás de espera sin oportunidades de colocación. Mindán era miembro del tribunal, menester que desempeñó infinidad de veces en su larga trayectoria académica. Cierta lumbrera pública de nuestra actual Filosofía –permítaseme ahora omitir el nombre– corría el peligro de resultar excluido en las tensas deliberaciones del tribunal, durante las cuales fue objeto de duras críticas entre las que se mezcló el reproche de ateísmo. Mindán se irguió, esgrimiendo su condición de sacerdote, para avalar al réprobo y neutralizar el sambenito. Sea lícito a quien esto escribe deslizar una sospecha maliciosa: ¿el favorecido con tal actitud, ya desde sus posteriores alcázares de la gloria, habrá querido darse por enterado de la gesta y habrá practicado el sano gesto del reconocimiento?

Rebajando el tono de las gestas y los gestos, el Mindán solidario nunca negó ayuda a quien, necesítandola, se dejó ayudar. Y lo hizo gratuitamente, sin cálculo ni amago de cobrar después la factura. Tal vez eso resultaba raro en el ambiente de nuestro gremio, tan tribalizado, porque le otorgaba cierta aura de despegue, de negativa a los alineamientos, que tanto contribuyó a mostrarle como un *outsider* y que acaso tanto le perjudicó en su carrera junto con su tendencia al apoyo de disidentes. Pero no seguir los usos de tribalización general no arguye demérito, y menos si tal cosa viene realzada por el mérito de haber atendido a cuantos solicitaron ayuda, hasta el punto de que la lista de beneficiados por esa su actitud se prolongaría abrumadoramente.

Durante la década de los cuarenta y gran parte de la siguiente, la vida filosófica nacional pivotó sobre el Instituto «Luis Vives» del C.S.I.C. (con su órgano de expresión que fue la Revista de Filosofía, la más importante con mucho de aquel período) y sobre la entonces muy activa Sociedad Española de Filosofía. Pues bien: sería justo decir que Mindán fue, en buena medida, el alma de esas instituciones, aunque no faltaron intentos para descabalarle de ellas, alguno fundado en reproches tan sólidos como el de ser “cartesiano” impenitente, lo que no deja de constituir pecado gravísimo. El hecho es que Mindán pastoreó allí a una legión de becarios de la que se nutrió abundantemente –en épocas casi fue cantera exclusiva– el plantel de catedráticos, tanto de las Facultades universitarias como de Enseñanza Media. A lo que, en la ejecutoria de Mindán, se ha de añadir todavía aquel otro hogar de forja para docentes filosóficos que fue el Instituto Ramiro de Maeztu. La enumeración de pastoreados por Mindán en tales ámbitos se haría interminable. Desde las primeras oleadas de la posguerra, como la de Angel González, Rafael Gambra o Antonio Millán, pasando por las subsiguientes, como las de Gustavo Bueno, José Luis Pinillos, Mariano Yela, Carlos París, Constantino Láscaris, José María Valverde, o las de Oswaldo Market, Emilio Lledó o José Barrio, hasta las de quienes se promovieron posteriormente, como la de Pedro Cerezo, cuando ya comenzaba a advertirse el lento declive de aquellas instituciones por la inexorable ampliación del horizonte filosófico del país. Algo más tarde, fue Mindán quien tendió la primera mano a nuestro curso, justo al final de la Licenciatura, mano que por cierto aprovechamos dos de sus integrantes (Helio Carpintero y yo; también se agregaría a la tanda Luis Jiménez Moreno) como ayudantes becarios de su cátedra en el Instituto. Y esa vocación de apoyo se prolongó todavía bastantes años, hasta su definitiva retirada de la vida

pública, como lo atestiguan varias promociones ulteriores, por ejemplo la de Jesús López Cobos, ya bien entrada la década de los sesenta. Quizá produzca sorpresa encontrar aquí el nombre del músico, internacionalmente reputado director de orquesta, pero se ha de recordar que también él procede del gremio filosófico. Quien esto escribe, entonces profesor subalterno de la Facultad de Filosofía de Madrid, le recuerda como alumno allá por el año 1963, con su aire sosegado y circunspecto, su agudeza de mirada y su hermosísima caligrafía de pendolista (verdadero presagio), un tanto ajeno a las refriegas filosóficas, pues tal vez ya entonces se debatía entre las dos posibles rutas para su porvenir. Y también ahí entra Mindán: en enésima muestra de vocación solidaria, le dio cobijo en el Ramiro de Maeztu tras su graduación. Lo relevante del caso es que Mindán asistió a momentos cruciales en la vida del músico, cuando éste hubo de encarar la difícil opción entre proseguir la carrera filosófica o quemar las naves trasladándose a Viena para estudiar dirección de orquesta en la afamada escuela de Hans Swarowsky. Puedo revelar que Mindán dejó brillar una vez más su prestancia porque, lejos de intentar retenerle a todo trance para la incierta causa filosófica, le aconsejó que siguiese honestamente sus inclinaciones más sinceras e incluso le ayudó a encontrar financiación para el traslado. Vistas las cosas *a posteriori* –y mis compañeros de gremio me perdonarán la impertinencia– he de reconocer evangélicamente que también López Cobos “escogió la mejor parte”.

Muchas fueron, pues, las facetas de su larga vida (ni siquiera le fue ajena la escopeta de caza, a propósito de la cual debió afrontar un hilarante conflicto con algún vecino atrabillario). También las hubo de especial amargura, como la que vivió en sus postrimerías, cuando su sempiterna dignidad le llevó a testificar, ante las dependencias vaticanas, en cierto proceso de canonización. Como creyente, incluso como sacerdote, pero ante todo como hombre honesto, adujo un cúmulo de hechos integrantes de su privilegiada biografía y que su memoria, en verdad fotográfica e infalible, no podía silenciar aunque fuesen en detrimento de la santidad del candidato. Su testimonio no pareció encontrar en la curia el eco debido, y a la postre sirvió para desatar una indigna campaña detractora contra él por parte de los que tenían intereses en el proceso, campaña que sólo tuvo algún valor entre la tribu de quienes la desataron, pero obviamente no tuvo ninguno fuera de ella, y menos entre los que conocieron su envidiable capacidad de recordación.

En medio de la indudable riqueza biográfica de Mindán sobresalen tres referencias principales: la filosofía, el sacerdocio y esa otra suerte de sacerdocio laico –al menos él lo vivía así– que es la enseñanza, en particular la docencia filosófica.

Comenzando por la segunda, se ha de decir que Mindán nunca quiso renunciar a su condición sacerdotal, y buenas ocasiones para ello le brindó su larga vida. Eso sí: fue en gran medida sacerdote atípico, *secular* en los más diversos sentidos de esa palabra. No sólo lo fue desde la elemental perspectiva canónica, por no pertenecer al clero regular, sino sobre todo por su exención tanto de melifluidades o gazmoñerías cuanto de disciplinas, dependencias, adscripciones o simples tendencias habituales en el *genus*. Difícilmente cabría imaginar un clérigo de perfil más laico, hasta el punto de que la sensibilidad de quienes le conocimos se resistiría simplemente a caracterizarle como “clérigo”. Pero tampoco quiero dar aquí una impresión falsa al respecto: no se trata de que Mindán mostrara despego frente a su condición sacerdotal, o que algo hiciese por ocultarla, o siquiera por menoscabarla; como tampoco –en el otro extremo– por ensalzarla con insistencias, unciones o empalagos. Ciertamente

no se recataba de aludir a ella, pero siempre con entera naturalidad, incluso con una punta de frialdad, como quien menciona un hecho de lo más neutro, tomándola con el respeto y la coherencia debidos a una opción libérrimamente adoptada en el pretérito, algo así como un destino que se acepta sin quiebra interna. Y, en especial, sin pérdida de autonomía. Es de suponer que algún vínculo jerárquico oficial le subordinase a las autoridades eclesiales, pero no es menos cierto que tal subordinación se hurtaba a la vista, pues los hechos siempre nos mostraron en los obispos un gran respeto por su autonomía y una cuidada precaución ante su indudable personalidad e importante posición. Si se prefiere, dígame en paladino: siempre hemos visto a Mindán *muy suelto* de ataduras eclesiásticas.

El sacerdocio, por otra parte, nunca fue una carga para la conciencia de Mindán. Tal vez lo vivió filosóficamente o tamizado por la filosofía, esto es, sin merma en su independencia de espíritu, y por eso más arriba nos hemos aventurado a situarlo en el segundo lugar de sus referencias vitales, tras aquella. Sin duda tal observación es arriesgada y cae dentro del ámbito de mis apreciaciones subjetivas, pero aun así me permito expresarla en atención a cuanto pudiera ilustrar sobre su figura. La vocación filosófica de Mindán tuvo siempre un cariz exquisitamente laico, ya desde los años que completaron su formación en la Facultad del Madrid republicano... o quizá justo por eso. Lejos de tomar los dogmas de fe como presupuestos para la reflexión filosófica, era más dado a señalar en fuentes religiosas, particularmente en los materiales evangélicos, el punto de llegada, de coincidencia o de simple ilustración para filosofemas cobrados con anterioridad. Cabe ejemplificar esta actitud mediante algunos de sus temas predilectos, verbigracia los propios de la Teoría del Conocimiento, como el muy querido de la verdad y su síntesis final apelando a la máxima evangélica «*La verdad os hará libres*», que él recuperaba bajo una perspectiva más gnoseológica que meramente teológica.

El clima que Mindán imprimía en su reflexión era –permítaseme decirlo así– de aspecto lovaniense, friburgués o muniqués (el libro de apoyo que nos recomendaba en el curso universitario, el de J. De Vries, incluso lo era literalmente). Y esto ya constituía todo un signo de apertura para aquellos tiempos, pues esos centros llevaban un siglo largo desmarcándose de la tradición más recalcitrante para abrirse a las nuevas corrientes. En este sentido, el talante crítico de Mindán hacía honor al apellido de *Crítica* con que figuraba en el plan de estudios la asignatura que nos impartía. No puedo menos de recordar el énfasis con que abordaba la defensa del realismo crítico frente a las posturas tradicionalistas del llamado “realismo metódico”, cuya prosapia gilsoniana no ocultaba las insuficiencias. Sigo concediendo la razón a Mindán y afines, pues el tal realismo metódico no pasaba de ser una actitud ingenua, parecida a la de los niños que sólo se tapan el rostro para esconderse de los demás. Mindán no se ahorra argumentos contra los escolásticos recalcitrantes, partidarios de dar por supuesta la estricta correspondencia de la realidad exterior con nuestras representaciones (colores incluídos). Su énfasis quedaba remachado por un argumento *ad hominem*: «son justo ellos quienes están menos informados y más alejados de la ciencia contemporánea». Rasgos como éste son reveladores, porque delatan al maestro indicando un camino.

Mas tampoco era Mindán un iconoclasta gratuito. Aunque lo suyo era alentar la apertura y el cultivo de lo nuevo, conservaba respeto y agradecimiento hacia su más temprana formación. Eso asomaba explícitamente algunas veces, como cuando alguien se dolía ante él

de tener que ceñirse a los estrechos marcos programáticos de la filosofía perenne (no sólo a propósito de ciertas disciplinas universitarias sino también en la docencia del Bachillerato, donde eran imposición oficial). «Ya que no tenéis más remedio que acatarlos, no los despreciéis» –contestaba– «aprovechadlos como ejercicio formativo y punto de partida para empresas mayores que seguiréis después». Se sobreentendía, naturalmente, que lo definitivo eran estas últimas, a las que incitaba sin miedo a cultivar recelos o resquemores de otros colegas.

Mi cometido aquí es componer, hasta donde lleguen mis posibilidades, algo parecido a lo que los antiguos llamaban *funeris laudatio*, y esto no incluye pretensiones historiográficas o eruditas, por lo que no me extenderé en estudios pormenorizados sobre la obra filosófica de Mindán, que abarca desde su importante contribución a la historia del pensamiento español con el libro sobre Andrés Piquer¹ hasta su muy apreciado y difundido manual de historia del pensamiento², pasando por sus numerosos trabajos sobre la verdad y otros temas gnoseológicos, o sobre la persona o la libertad, que también fueron temas predilectos. Y no lo haré, ante todo, porque es cosa ya hecha a satisfacción en trabajos de otros estudiosos sobre el asunto, en especial el muy solvente de Antonio Jiménez García³, que bien pudiera haber suplantado la presente nota necrológica a falta de un solo dato, el fallecimiento de Mindán, entonces todavía lejano. Me limitaré a añadir una simple pincelada emocional, como es propio del caso, señalando un artículo en el que Mindán recorre el itinerario intelectual de San Agustín y su esfuerzo por llegar a la verdad⁴. No ha obtenido expresa distinción dentro de los numerosos trabajos de Mindán, y tal vez no la merezca de suyo, pero yo quiero ahora destacarlo porque creo ver en él cierta unción, ciertos atisbos de identificación pasional con los azares del obispo de Hipona, que algo pudieran ilustrar sobre la personalidad de quien lo escribió.

Por otra parte, la enseñanza de la Filosofía era uno de los puntos excelsos de Mindán, y de hecho siempre se le reconoció como uno de los arquetipos de docencia filosófica, lo que en otro lugar me llevó a reivindicar su rango de maestro, abominando de la máxima que en tiempos circulaba entre nuestros congéneres, máxima en verdad petulante e ingrata, según la cual «fuimos una generación sin maestros».

Aquel curso universitario de teoría del conocimiento, que nos llegaba ya en la adultez de nuestro último año de carrera, dejó en nosotros beneficiosa huella. Parte de la tarea era un recorrido por las cumbres del pensamiento, pero además cada uno de nosotros debía pasarse largo tiempo investigando una de ellas para rendir cuentas en público, expuesto al tiroteo de sus compañeros y, sobre todo, del profesor, que en tales ocasiones ejercía de abogado del diablo. No porque fuera intransigente con las tesis o contenidos que le disgustaran,

¹ Andrés Piquer: *Filosofía y medicina en la España del siglo XVIII*, Zaragoza, Soc. Coop. de Artes Gráficas Librería General, 1991.

² *Historia de la Filosofía y de las Ciencias*, Salamanca, Anaya, 1964, que posteriormente, en su octava edición de 1970, fue reformada y ampliada.

³ «Vida y obra de Manuel Mindán Manero: sacerdote, profesor y filósofo», en *Revista de Hispanismo Filosófico*, 8 (2003), 19–38.

⁴ «El afán de verdad en San Agustín», inicialmente una Comunicación a los Coloquios Agustínianos celebrados en Zaragoza del 3 al 6 de Octubre de 1955, recibió pronta publicación en la *Revista de Filosofía* del CSIC (núm. 52, 1955) y vino reeditado íntegramente en el último tomo de *Memorias (Mi vida vista desde los cien años. Tercer tomo de Testigo de Noventa años de Historia)*, Zaragoza, 2004, págs. 89–105)

sino porque buscaba implacablemente los hiatos y las insuficiencias de nuestra argumentación aun cuando estuviera conforme con aquéllos. Eso tenía alto valor formativo, quizá un tanto inédito: ya diré que otra de las querencias magistrales de Mindán era inculcarnos cierto desdoblamiento, la preocupación no sólo por lo que nosotros vemos en las cuestiones, sino por cómo se nos ve a nosotros mismos desde fuera al abordarlas. Respecto de los contenidos o las tesis o las tendencias filosóficas de cada cual, Mindán siempre fue sorprendentemente respetuoso. A veces lo era incomprensiblemente, en los casos, no raros en nuestro gremio, de notorios extravíos o empeños peregrinos cuando no disparatados; en vez de fulminarlos o disuadirlos duramente, sorprendía ver a Mindán acogiendo los con una suave sonrisa en la que cabía rastrear un brillo de sorna, como pensando en su recámara que nunca se sabe dónde podrá saltar el éxito. Quizá por ello jamás cortó las alas a nadie, y todos encontraban aliento en él... se me antoja que demasiado distributivamente, pues la diferencia entre los proyectos importantes frente a los que no lo son tanto quedaba bastante reducida a la hora de recibir los respectivos estímulos. De cualquier forma, había en todo aquello una clara incitación al saber como ejercicio, lo que delata al verdadero maestro.

Me quedan de aquel curso un bagaje de perspectivas filosóficas, una práctica formativa y una vieja familiaridad con David Hume que me ha ahorrado aprietos posteriores. Pero lo que más he valorado de aquel curso fue, si cabe, el cariz de la asignatura. Acaso por su genealogía gaosiana, moretiana y orteguiana, Mindán era buen exponente del *Zu den Sachen selbst!* No se perdía en rodeos académicos, fuesen devaneos eruditos o quisicosas hermenéuticas. Iba derecho a los problemas, que en esta área del conocimiento son de los más grandes y arduos con que ha de habérselas el filosofar. Son problemas que tal vez nunca encuentren solución definitiva (de ahí que N. Hartmann los llamara “metafísicos”) pero no por eso impiden ser tratados; más bien al contrario, resulta inevitable tratarlos en la forma de un progresivo decantamiento o de una cada vez más rigurosa formulación. Desde el problema de la verdad o la justificación de la realidad exterior hasta la causalidad, allí se tematizaba y problematizaba. Yo, que soy no diré rabiosamente pero sí acendradamente temático, poco amigo de fútiles alienaciones academicistas de mero interés intragremial, mucho aprecié aquellos enfoques.

A la postre, tuvo que dejar la Facultad. Pero no fue el fin. Siguió ejerciendo el magisterio desde Escuelas de Ingenieros, el C.E.U. y, sobre todo, su entrañable Ramiro de Maeztu, donde tantísimas generaciones de profesores tuteló y consagró. Allí, en el ejercicio de la docencia filosófica la figura de Mindán se agigantaba, no en vano pasaba por ser una de las máximas autoridades de la didáctica de la Filosofía, hasta el punto de que sus breves trabajos al respecto fueron sañudamente buscados y saqueados durante generaciones por los sufridos opositores a plazas de Enseñanza Media. Él asistía a nuestras prácticas con la misma atención y el mismo talante crítico implacable de la Universidad. Cuando diseccionaba nuestras intervenciones, aunque su perspectiva fuera elevada como la del águila, fingía situarse a ras del suelo, como el más ingenuo de los alumnos, desconcertándonos con observaciones aplicadas al caso que terminaban plasmadas en reglas difíciles de olvidar: «no intentéis enseñar más de lo que sabéis; se os notará», «si aplastáis a los alumnos con derroches de erudición, quedarán asombrados de lo mucho que sabe su profesor, pero no habrán entendido gran cosa y vuestra clase no habrá surtido el menor efecto», etc... Aquello era magisterio de excelencia y, acaso insólitamente, de inmediata utilidad práctica. Por no

hablar ya de su libro sobre la historia del pensamiento, espléndido e insuperado, todavía hoy en manos de los profesores perspicaces como base y referencia.

No quisiera poner fin a estas líneas sin un breve apunte en torno a la figura de Mindán, pero no tanto viéndole en relación con su circunstancia, tal como hemos venido haciendo hasta aquí, sino intentando esbozar el perfil de su yo. Dicho de manera más trivial: esbozando un retrato de urgencia que pudiera responder a la pregunta de cómo era Mindán.

Yo le conocí en las postrimerías de la década de los cincuenta, presidiendo el tribunal ante el que afrontábamos el tremendo examen oral en Lógica de tercer curso. Aquella impresión originaria que me produjo (de respeto un tanto imponente, pero sin exhibiciones autoritarias ni veleidades, y hasta con un tenue asomo de afabilidad) prevaleció en mí hasta hoy mismo, sin mudar un ápice, tras el provechoso curso de teoría del conocimiento que nos impartió en el último año de carrera (sería asimismo su último año de profesor en la Facultad), tras mi año de ayudante suyo en el Ramiro de Maeztu, tras tantas y tantas peripecias posteriores en torno al Instituto Luis Vives del C.S.I.C. o a la malhadada Sociedad Española de Filosofía, tras el amplio trato de tono *pianissimo*, como diría Weber, propio de la edad avanzada, etcétera. Vi siempre en él una fuerza especial, que paradójicamente imponía sin voluntad expresa de imponer. Creo que, como persona, su mejor descripción procede del recordado José Barrio, que consideraba a Mindán un *numen*. Ciertamente: una fuerza de la naturaleza que, aun sin estar presente, siempre se presentía. Esto era particularmente notorio en el Ramiro de Maeztu; no había allí coacción gratuita, ni gritos, ni regañinas desaforadas; tanto allí como en los otros ambientes y contextos donde nos relacionamos, bastaba el presentimiento de Mindán para que todos supieran cuál debía ser su conducta. Como si Mindán fuera –digámoslo ya– la encarnación u objetivación de la rectitud, tal vez la hipóstasis de la conciencia moral hecha por ese hombre mítico que todos llevamos dentro.

Se postula para cada fenómeno una explicación, y éste también ha de tenerla. Yo la hallo en que se trataba, ante todo, de una fuerza racional y siempre razonada, que no permitía escapatoria ni presentaba resquicios de veleidad. Esto saltaba a la vista cuando reprendía: lo hacía enérgicamente y el reprendido quedaba inerme, pero no abrumado por desmesuras en la voz o miedo a amenazas, sino porque la reprimenda venía siempre articulada con una argumentación precisa y sencilla que haría vergonzosa toda réplica. Lo mismo ocurría cuando daba consejo a quien se lo pidiera (nunca me pareció un aconsejador impertinente). O, sin más, cuando explicaba en sus clases; o cuando preguntaba a los alumnos y entablaba diálogo filosófico con ellos, cosa que de ordinario ocupaba una porción de aquéllas. Decir que era el mismísimo sentido común no resultaría inexacto, pero en cierto modo le menoscaba, pues su racionalidad no se reducía a una sensatez roma o trivial. Era más que eso: la fuerza de la razón bien administrada, exenta tanto de cortedad como de delirios racionalistas.

En consonancia con lo anterior, y aunque parezca rebuscamiento, siempre me sorprendió en Mindán su escasísima proclividad a las veleidades. Esto le distinguía de gran número de sus colegas, entre los cuales florecía el personajillo muy dado al capricho y muy pendiente de llamar la atención desconcertando al aprendiz. No iba eso con Mindán. Su adulta sabiduría de la vida le libraba de tan pueril vanidad. Un indicio: quien recibió en préstamo algún libro de su biblioteca se habrá visto iluminado por el *ex libris*, donde reza esta abreviatura de una sabia máxima ovidiana: «*bene vixit qui bene latuit*». Él la practicaba hasta donde le fuese posible. Era, además, austero, pero de una austeridad bien entendida, rehu-

yendo alharacas y alardes sin complacerse en miserias (lo que no es sino otra clase de alardeo).

Pero he de prevenir la errónea impresión que pudiera desprenderse de las líneas anteriores. Parecería ahí retratado un personaje imponente y adusto, de dura y descarnada racionalidad, escuálidamente austero, un tanto huraño, enemigo del disfrute, deshumanizado y hasta una pizca truculento (por aquello del *numen*). Nada de eso. Su gusto por la buena vida nunca nos pasó inadvertido. Claro está, y a tenor de lo dicho antes, lo ejercía siempre con perspicacia, lejos de demasías y ostentaciones que pudieran hacerlo incómodo. Su saber vivir, auténtica sabiduría, sería suscrito por el Epicuro más certero, el de los placeres puros, el del placer con medida y con la mínima mezcla posible de fastidio.

Era, por ejemplo, un gran conversador. Se recreaba –y nos recreaba– con sustanciosas tertulias de muchas horas, en las que nuestras urgencias quedaban con gusto aplazadas por el interés, nunca defraudado, de escucharle alguna información desconocida, o mal conocida, extraída de una experiencia y una memoria prácticamente inagotables. No puedo olvidar las muestras de sibaritismo comedido que desplegaba ante sus invitados en aquel recóndito refectorio de la planta baja del internado, con su lámpara holandesa, sus cuadros y su ambiente acogedor. Allí se nos ofrecían menús sencillos pero exquisitos, confeccionados siguiendo sus propias instrucciones, que solían terminar con un doble ritual: la presencia del cocinero para recabar su juicio y... algo que merece comentario expreso por su gran valor de prueba. Mindán (disfraces de anarco aparte) no fue fumador; pero en aquellas ocasiones sacaba una impecable pitillera, donde los cigarrillos venían emparedados entre dos placas de papel secante húmedo a fin de que permanecieran en estado óptimo para su consumo, y los consumidores eran todos, él incluido, pues no había razones para privarse de ese pequeño e inofensivo –por medurado– placer como remate de una reunión placentera. Todos estos detalles se quedaban impresos en quienes entonces comenzábamos a despuntar, abriéndonos a un cierto estilo o actitud ante la vida, lo que no deja de ser una de tantas formas de magisterio hoy lamentablemente en desuso.

No le hace justicia, pues, la imagen de personaje frío, seco y distante. Quien la retenga busque las razones en sí mismo, no en Mindán, porque ese retrato dista de ser fiel. Nunca he visto que Mindán se negara al trato, ni aun al de sus peores enemigos. Eso sí: con cierta afabilidad contenida –como todo lo suyo– y muy lejos de la untuosidad del confianzado. Los límites de la intimidad siempre los decidía el interlocutor, nunca él, aunque no dejara de interesarse por cuanto se le decía. Y por añadidura no era amigo de crear conflictos. Recuerdo nuestra comida de fin de carrera, donde uno de aquellos personajillos del mundo académico, uno de tantos sin fundamento, pretendió ironizar a su costa; en vez de entrar al trapo, la seriedad de Mindán, olímpico y señorial, fue réplica idónea.

Tantas y tantas facetas, tantos admirables lances y peculiaridades como los que hemos ido espigando, me permiten decir –sé que tal observación no le haría feliz– que fue Mindán uno de los reducidísimos puntos de contacto entre las dos Españas, salvando lo mejor de cada una y desechando lo que tuvieron de malo, o de pésimo, pues mucho de esto hubo en ambas, tanto en la lamentable España derrotada como en la tan lamentable que venció y prevaleció durante cuatro décadas. Mindán tuvo el privilegio de ver mucho y vivir mucho, con abundancia de frutos que hoy perduran entre quienes vinimos detrás, también por ello privilegiados. Así pues, nada más justo que concluir entonando el tópico «¡Descanse en paz!»